

NOTAS Y COMENTARIOS

NORMAS ETICOS-SOCIALES DERIVADAS DE LA POPULORUM PROGRESSIO

Hemos dedicado en los dos números anteriores de esta Revista un largo comentario a la Encíclica papal sobre el desarrollo, destacando su origen y características, y todo su fondo doctrinal a la vez tan innovador y tan entroncado en la tradición del magisterio de la Iglesia.

Nuestra glosa estaba hecha con sincero afán de objetividad y amor a la verdad, tratando de reflejar la única interpretación realista de la enseñanza contenida en tan autorizado documento. Y con la serena intención de esclarecer, desde los principios de la ética cristiana, este nuevo problema de la doctrina social de la Iglesia que es el desarrollo, y prevenir ante posibles interpretaciones subjetivas o politizantes. Estas, sin embargo, han venido numerosas, como era de suponer dada la ideologización a que está sometida hoy la doctrina de la Iglesia.

Mas la enseñanza pontificia no puede quedar en simple discusión teórica. Debe penetrar hondamente en la conciencia de los hombres y de los pueblos tanto en la visión de sus principios, como en las consecuencias normativas prácticas que con tanta urgencia se proclaman en el documento. Por eso insertamos aquí algunas de estas consecuencias prácticas derivadas del nuevo planteamiento y que afectan a la conducta de todos, ricos y pobres.

Pero antes quisiéramos presentar una breve nota en torno al *balance* de la Encíclica al año de su publicación (26-III-1967). Y esto bajo la doble vertiente teórica y práctica.

BALANCE DE LA ENCICLICA AL AÑO DE SU PUBLICACION

a) *En el aspecto teórico y doctrinal* está fuera de duda que la encíclica ha causado tremendo impacto y universal repercusión en

la opinión pública. En términos publicitarios podríamos llamarla el documento *bestseller* del año. En los días de su publicación toda la prensa mundial divulgaba amplios extractos o el texto íntegro junto con las circunstancias, motivaciones y primeras impresiones. Durante bastantes días esa misma prensa mundial seguía recogiendo nuevas reacciones, juicios más o menos politizados del mensaje papal, con duras y aceradas críticas o exaltaciones delirantes.

Después vinieron las Revistas de todo género, recogiendo nuevas valoraciones, reacciones más vivas o comentarios más reposados de las nuevas orientaciones y principios emitidos sobre el desarrollo económico-social y humano y las exigencias del mismo.

Naturalmente tales comentarios no quedaron solo en el papel, sino que pasaron al diálogo y comentario hablado. Se leían, se globaban los textos en círculos de estudios, homilías, conferencias y hasta Semanas enteras de estudios dedicadas a su conocimiento y difusión. En ellos se repetían los textos más salientes, los slogans, las llamadas proféticas del Papa en favor de los desposeídos y los pueblos del Tercer Mundo, interpretadas casi siempre según las distintas posturas y criterios subjetivos o ideologías social-políticas. Esto ocurría a lo largo al menos del medio año subsiguiente; luego... ya se hace el silencio y las preocupaciones pasan a otros numerosos temas de la efervescente ideología del catolicismo y del mundo religioso actual.

Viene, por fin, la *cuarta* fase de publicaciones comentando el texto papal, en que nos encontramos. Se han multiplicado las ediciones de la *Populorum Progressio*, con el simple texto, con presentación "orientadora" o con amplio comentario, generalmente obra en colaboración (Nos cabe la satisfacción de comprobar que el primero quizá de los comentarios a todo el texto, es el nuestro, Editorial OPE, Villava, Navarra, 29 sept. 1967).

No puede negarse que a la encíclica le ha cabido máxima difusión. Pueden contarse *varias decenas* de ediciones las que corren ya en España, en cualquiera de los tres modos mencionados.

b) *Sobre el efecto producido* en la formación doctrinal y cristiana es sumamente difícil su valoración. Cabe resaltar *un efecto general* muy valioso e indudable y es el de la *conciencia* clara y firme que habrá inspirado en tantos cristianos y hombres de buena voluntad del *grave problema* planteado al mundo entero por el desarrollo del hombre y de los pueblos, término bajo el cual se presenta hoy toda la antigua cuestión social, siempre en vías de solución y nunca del todo resuelta. Y que ese problema de las desigualdades cada vez más agudizadas de los pueblos necesitados, plantea a todos urgentes exigencias de justicia, caridad y solidaridad, emanadas del mensaje evangélico, que el Papa se ha creído en el deber de declarar y urgir.

Junto a este efecto general, numerosos cristianos se habrán ilustrado y formado, a la vista de los textos claros y serenos comentarios aparecidos, sobre los principios que rigen el orden económico y social

cristianos; sobre esa difícil vía marcada por la encíclica en torno a los medios, a las formas de comunicación de bienes económicos y culturales, manteniendo en su relativa validez los eternos principios de libertad y dignidad humanas, de su libre iniciativa en la gestión de la propiedad privada, de la ilicitud intrínseca de una imposición colectivista y totalitaria, etc. Y por fin sus conciencias se habrán iluminado en torno a la orientación humanista y trascendente que debe darse a toda la vida económica en orden a su justa solución.

Pero hay otro efecto indirecto que ha sido producido, no por la encíclica en sí, sino por sus múltiples comentarios, y que no debe soslayarse. Es el de *confusión ideológica* máxime en ciertos medios católicos.

Porque, se ha dicho y se palpa en el ambiente, muchas han sido las reacciones e interpretaciones en alto grado politizadas de una encíclica que, si ha querido enseñar normas morales y de conducta humana en lo temporal, ha evitado cuidadosamente toda alusión política y no puede llamarse de derechas ni de izquierdas. Ello no ha sido obstáculo para quienes, en la opción social-política, engloban todos los principios doctrinales incluso de ideología religiosa.

Mencionemos algunas fuentes y tendencias de esta desorientación. Están ante todo los comentarios *conformistas* de los ideólogos de tendencia socialista y comunista, quienes citan y glosan los textos algo favorables a su posición, declarando con aire triunfante que ya es hora de que la Iglesia abdique de sus errores pasados y proclame sin embages la tesis marxista de una sociedad igualitaria y sin clases.

Los grupos del liberalismo capitalista de derechas y más aun del liberalismo de izquierdas han exteriorizado duras críticas al documento del Papa, con numerosas acusaciones de parcialismo, reticencias, anticuadas posturas frente al problema demográfico y de moral conyugal, deslizamiento hacia el marxismo, etc.

Con más fundamento se producen las críticas de los grupos de *técnicos y hombres de ciencia socio-económica*. Acusan al documento papal de haber simplificado la enorme complejidad de los problemas de la técnica económica, de excesivo simplismo en formular soluciones para problemas tan complicados, de un idealismo y optimismo exagerados en ver soluciones prontas y fáciles a la intrincada estructura de los problemas económicos. El Papa además pecaría de parcial por apoyarse en muy pocos economistas, casi todos galos, para apuntar sus soluciones demasiado abstractas. Por lo cual nada nuevo aportaría a la actual ciencia económica del desarrollo.

La confusión mayor viene no obstante de las interpretaciones católicas de *movimientos progresistas* y comprometidos. Sin duda los mayores ditirambos y exaltación lírica de la encíclica vienen también de parte de ellos quienes, desbordando el contenido social de la misma, la celebran y proclaman como un virage total de la doctrina de la Iglesia, vuelta ya plenamente al mundo y dejada la antigua

postura de mirar a lo interior y Transcendente de espaldas a aquél ; como nueva síntesis de la teología e incluso de la fe, transformadas en acción en el mundo y praxis de lo temporal, etc.

Pero a la vez de ellos vienen acerbas y solapadas críticas. En esta línea voces desahoradas de ataque se han levantado entre nosotros, como eco y amplificación de otras de allende los Pirineos, que acusan el documento de Pablo VI de timidez, de posiciones vacilantes y equívocas en la falsa vía media emprendida, e incluso emplazan al Papa y a la Iglesia a declaraciones futuras más abiertas y avanzadas que vendrán con la reforma de la misma y la maduración del pueblo de Dios.

No perdonan al Papa que no haya emitido una condenación total del capitalismo, sino solo de sus abusos, cuando la lógica interna del capitalismo, dicen, delata su inmortalidad como instrumento de explotación del hombre ; que no haya declarado el uso lícito de la violencia por parte de los "militantes" católicos y trabajadores en la reforma de las estructuras sociales, es decir, la licitud de la lucha de clases ; y que no haya, en fin, declarado, lisa y tajantemente, que la Iglesia está a favor del socialismo, aún revolucionario, como el sistema propio de la sociedad justa e igualitaria, el único apto a promover y realizar el desarrollo solidario de los pueblos (1).

Estas y otras muchas voces de crítica, que se han propalado abundantemente en los medios católicos comprometidos, no podrán menos de contribuir a una mayor confusión en torno a los problemas de la encíclica. Son los aspectos *negativos* a que ha dado indirecta motivación el documento papal. La encíclica no ha podido contentar a todos. Y muchos han endurecidos sus posiciones radicales en favor de un socialismo revolucionario, escudados en textos de la misma (algunos la han saludado como "bomba del anticapitalismo") ; o al menos atacan con dureza su falta de coraje, esperando pronto un nuevo paso adelante en la evolución de la Iglesia hacia el socialismo marxista.

(1) Así, R. ALBERDI, A. ARNAU TORNOS, JOSE RODRIGUEZ (éste desde su posición del marxismo ateo) ALFONSO CARLOS COMIN, en sendos artículos de comentario a la encíclica en *Iglesia Viva*, núm. 10-11 (julio-octubre 1967) dedicado a la encíclica. Cf. diversos autores en "Temoignage chrétien", abril 1967 ; "Hechos y Dichos", julio 1967 ; "Mundo social", 15 de mayo 1967 ; "Cuadernos para el diálogo", abril 1967 ; H. BARTOLI y COLABORADORES, *Tiers-Monde. l'Occident et l'Eglise*, Paris, Du Cerf, 1967, etc. Sus testimonios tienen por otra parte el sentido de hacernos ver que la encíclica no ha condenado absolutamente el capitalismo, ni aceptado el socialismo marxista.

No faltan Revistas y autores que reflejan la interpretación serena y objetiva que hemos intentado dar en nuestro citado trabajo. Véase, amén de los citados allí, la Revista "Colligite" n. 50-51, mayo-agosto 1967, extraordinario dedicado a la encíclica ; V. VAZQUEZ DE PRADA, en "Nuestro Tiempo", n. 156, 1967 ; J. MESSNER, en "Wort und Wahrheit", 22 (1967), p. 686-696 ; F. VITO y COLABORADORES, *I problemi dell'economia mondiale alla luce della Populorum Progressio*, Milano, Vita e Pensiero 1968, vasto comentario a la misma, obra de especialistas, etc.

c) *En el aspecto de realizaciones prácticas* también convendrá observar si se ha notado los efectos de la encíclica. Pero entonces deberá distinguirse el campo de realizaciones mismas y el de una preparación práctica de las conciencias para la promoción solidaria del desarrollo.

En ese primer campo de realizaciones, el efecto sobre el desarrollo que puede notarse en el año en curso, sea en virtud de la encíclica o de otros factores extraños, puede decirse *nulo*. Ni en cualquier circunstancia podía notarse a tan corto plazo. Pero es que precisamente ha sido un año de dura recesión económica para los mismos países desarrollados. Y para aquellos que realmente vienen desarrollándose porque ya están en fase de semidesarrollo (como España, Portugal, Grecia, etc) la tasa de crecimiento no ha sido satisfactoria, sino bastante inferior a los años anteriores.

Respecto de los "países en desarrollo" (terminología oficial de la ONU, ya que el término, "país subdesarrollado" resulta infamante) las impresiones de economistas y sociólogos siguen siendo muy pesimistas. A la vista de los datos, observan que el proceso del desarrollo económico (y por tanto social) no es fácil y que tropieza en la mayoría de las regiones subdesarrolladas del planeta *con obstáculos insuperables*. Y se cuentan muchos países alineados en esta área del subdesarrollo, o del "Tercer Mundo" o de países "marginados", por otros nombres: los de Africa, Asia, América del Sur y Central; en total, 86 países pobres que interpelan a las mucho menos numerosas naciones de la opulencia.

Los datos estadísticos aportados son bien elocuentes. El desarrollo económico es medido por las tasas de crecimiento del producto nacional bruto (PNB) y en definitiva de la renta *per capita* en moneda constante. Y es verdad que muchas de esas naciones ya han estructurado, con ayuda de los Organismos internacionales, sus planes de desarrollo. En ellos están previstas unas tasas de crecimiento muy modestas. Pero de hecho las tasas conseguidas en los últimos años son menores que las previsiones: Oscilan entre un 2 y un 5 por 100 del PNB. Pero ocurre que en la mayoría de esos países la población crece a razón de un 2 o un 3 por 100 anual. Por lo que prácticamente el incremento económico conseguido es casi absorbido por el crecimiento demográfico. De ahí que las tasas de aumento observadas en términos de rentas *per capita* son insignificantes y en los últimos años tienden a disminuir. Oscilan entre un 0,2 por 100 (en la India) y un 1,5 por 100.

Con ellas no se puede conseguir el despegue hacia el desarrollo. Los especialistas concluyen, como hace la encíclica, que los países pobres son cada vez más pobres en relación con los demás, dado el ritmo de crecimiento conseguido por las naciones desarrolladas. Y la distancia entre países desarrollados y subdesarrollados tenderá a aumentar en un proceso de depauperación de éstos que se asemeja a la Ley de Bronce de Lasalle. Consideran por lo tanto que una tasa

de crecimiento de la renta nacional bruta al ritmo de un 3 por 100 anual no es aceptable como desarrollo; mientras no llegue a un 5 por 100 no puede tenerse como indicio de rápido desarrollo económico. Y aún deberá aumentar en mayores coeficientes para acortar las distancias con los países desarrollados (2).

Las implicaciones económicas son pues enormes y el panorama sombrío. Ello ha hecho decir al economista y publicista Servan-Schreiber, tan popular este año por su obra *El desafío americano*, en las conferencias de estos días (marzo de 1968) lo siguiente: "El desarrollo de los países del Tercer Mundo es uno de los problemas más grandes que pueden plantearse actualmente, y uno de los más difíciles de resolver... Ningún país ha sido capaz de proponer una forma de entrada efectiva del Tercer Mundo al progreso. La rivalidad entre comunismo y capitalismo no conduce a nada... El tiempo demostrará que si se los deja en estado de miseria y en contraste con la evolución de otros países, el mundo se sumirá en una catástrofe. Es necesaria una verdadera ayuda, política, económica y cultural".

Habrà por lo tanto que esperar el impulso decisivo para el despegue desarrollista de dichas naciones marginadas únicamente de la Autoridad mundial que planifique y movilice los recursos de todos; es decir, de los Organismos de la ONU, según las directrices de la encíclica.

Pues bien, las esperanzas en este año parecen fallidas. Durante siete semanas, desde fin de enero del año en curso, se vienen teniendo las sesiones de la II Reunión de la UNCTAD (Conferencia de las Naciones Unidas para el Comercio y Desarrollo) en Nueva Delhi (La India es el país más importante del subdesarrollo). Dicho organismo, si bien filial de la ONU, para algunos llegará a sobrepasarle en importancia por lo mismo que es encargado de promover el desarrollo económico. En la Conferencia, en que participan 132 naciones, los países pobres son los más y están representados por 87 miembros. Estos comensales pobres de los tres continentes se han preparado para dialogar en dura confrontación con los miembros ricos, tanto capitalistas como del mundo socialista. Van, en efecto, amargados, porque sus "partenaires" ricos no han cumplido las promesas de la I UNCTAD, de Ginebra de 1964, de destinar el 1 por 100 de su renta nacional para ayuda de los pobres.

Pese a las presiones que puedan ejercer, la última palabra la dirán los otros, los *beati possidentes*. Y los comienzos de la Conferencia no eran, según la prensa, halagüeños. Las sesiones se iban gastando en discursos de propaganda política. Los países del bloque comunista están más interesados en *politizar* la mundial reunión,

(2) AMANDO DE MIGUEL, *Desarrollo y cambio social*, Atlántida, sept.-dic. 1967, p. 399-411; J. CAZORLA, *Algunas motivaciones relevantes en el desarrollo económico*, *ibid.*, sept.-dic. 1967, p. 438-458; D CASADO, *Problemas de alimentación en los países pobres*, *ibid.*, p. 459-473.

azuzando las tensiones y guerra fría y canalizando sus préstamos más hacia los fines bélicos que en una ayuda desinteresada al desarrollo solidario (2 bis).

Tal es por el momento el *obstáculo insuperable* para un impulso eficaz al desarrollo de los pobres: la situación de guerras parciales y más aún las tensiones ideológicas, políticas, raciales que amenazan con agravar mucho más los actuales conflictos bélicos. Las naciones opulentas agotan sus recursos en el rearme y la defensa bélica y aun en la defensa de su propio nivel económico frente a los ataques de otras naciones en este mismo terreno económico, sin poder disponer de los recursos necesarios para una ayuda eficaz.

Por algo proclamaba la encíclica que "el desarrollo es el nuevo nombre de la paz" y no puede producirse a escala mundial sino en un *clima de paz*.

d) *Cabe no obstante esperar a largo plazo* resultados favorables para el desarrollo tanto de esa Conferencia mundial como de las demás medidas de los Organismos internacionales y esfuerzos de otras agrupaciones económicas.

Estas formas y medidas prácticas para el lanzamiento hacia el desarrollo mundial deberán a la larga encontrarse, porque de lo contrario, como notaba Servan-Schreiber, el mundo derivaría hacia la

(2 bis) Esoritas estas líneas, la Prensa informa, en efecto, que, al final ya de las sesiones, dicha reunión de la UNCTAD había llegado a un punto muerto en sus deliberaciones encaminadas a elevar el nivel de vida de las naciones pobres. Ni aún parece que haya habido final acuerdo sobre lo prometido en la I reunión de 1964, de que las naciones desarrolladas dediquen el 1 por 100 de sus presupuestos para ayuda a las demás. Y ello pese a que el observador de la Santa Sede, P. Riedmatten, les leyera, en plena Conferencia, urgente llamamiento del Papa a la unidad, a marchar juntos en Comunidad internacional o, por el contrario, ir por separado hacia un caótico y desordenado futuro. Esta nueva llamada les fue leída el 18 de marzo. El 28 de marzo la Conferencia termina con una nota de desilusión y fracaso, sin haber podido formular una estrategia global del desarrollo.

La opinión pública comienza pues ya a hablar, como nosotros, de que, al primer aniversario de su publicación, los resultados obtenidos por la Populorum Progressio son "decepcionantes". Y ello pese a la nota optimista de nuevo esorita en "Osservatore Romano" por Mons. Gremillion, Secretario de la Comisión de Justicia y Paz, aludiendo a una serie de iniciativas surgidas en 1967 al calor del documento pontificio.

Se trata de iniciativas muy particulares, no de remedios al mal general. Al contrario, parece que las ayudas de los países desarrollados han disminuído a lo largo de 1967 en casi todos. Así, Francia de una ayuda de 977 millones de dólares en 1962 desciende ya en 1966 a 723 millones. Las demás cifras que se aducen son igualmente alarmantes. Han descendido en esos 4 últimos años los créditos del desarrollo concedidos a los países del Tercer Mundo, las exportaciones de éstos, el precio de las materias primas que ellos exportan, mientras asciende el precio de los productos que compran y sus deudas se han elevado de 10.000 a 40.000 millones de dólares.

Ni parecen que el año próximo mejoren las perspectivas de entreayuda, sino, al contrario, con la actual crisis de devaluación del oro y monedas, los países poderosos, como Norteamérica reducirán sin género de duda sus créditos y ayudas.

catástrofe. El proceso hacia el crecimiento es inexorable. Y los pueblos sienten profunda y devoradora sed de crecer, tener y ser más.

Pero el campo propio para encontrarlas serán siempre el ámbito de la Organización internacional con una autoridad mundial eficiente. Los pasos hacia esa meta, aunque vacilantes, siguen dándose. Se está ya construyendo un Derecho internacional del desarrollo (3) que promete tener gran proliferación normativa. Y a pesar de la debilidad institucional de la ONU, es de esperar que muchas de esas medidas de ordenación económica internacional obtengan validez y eficacia suficientes.

En tales resultados prácticos a largo plazo se ha de notar, creemos, los efectos de la encíclica. Sin duda sus llamadas apremiantes y sus directrices estarán presentes en las medidas que se acuerden en la UNCTAD, aunque muchas delegaciones, máxime del mundo comunista, pretenden ignorar tan trascendental documento, y seguirán siendo operantes en las subsiguientes etapas del proceso del desarrollo mundial.

e) *Pero el mayor efecto de la encíclica a largo plazo estriba sin duda en la preparación de los espíritus*, en la formación de la conciencia mundial en los deberes y exigencias respecto del desarrollo. Es sobre todo esta conciencia la que trataba de formar la encíclica, la cual, dada la representatividad de los organismos mundiales, pesará mas tarde sobre los grupos dirigentes del mundo entero y las medidas decisivas que adopten.

En este plano de extraer las exigencias normativas y deberes prácticos para contribuir al desarrollo por parte de todos los grupos humanos, se mueven *las conclusiones* que a continuación exponemos, derivadas de la encíclica. Se refieren sobre todo a las exigencias de caridad, que es el primer motor de toda la obra solidaria del desarrollo. A su impulso irán cristalizando también las normas de justicia adecuadas, cuya adopción incumbe más bien a dichos Organismos del orden internacional. Sin duda bajo las presiones de los mismos pueblos pobres, los cuales, como luego indicamos, son los principales *actores* de su desarrollo. Además seguiremos creyendo lo que también afirmaba Servan-Schreiber: "La gran novedad de nuestra época es que la justicia social ya no es ideal moral solamente, es una necesidad económica". Se irá lentamente implantando a impulsos de ese proceso económico en marcha ascendente inexorable.

Nótese, por fin, que los deberes de ayuda caritativa y asistencia a los pueblos necesitados siguen siendo sumamente actuales, por no decir cada vez más urgentes. Mientras no llega el anhelado desarrollo, el mundo de los que padecen necesidad aumenta agravado por las catástrofes de todo género. Se cifra en mil millones (el tercio de la población mundial) el número de estos seres que padecen hambre

(3) M. AGUILAR NAVARRO, *El derecho internacional y el desarrollo de los pueblos*, Atlántida, sept.-dic. 1967, p. 412-436.

y necesidades graves de vestido, vivienda y asistencia sanitarias. Y muchos añaden que son dos tercios de esta población (dos mil millones de seres) los que viven subalimentados.

Por ello nuestras conclusiones son de gran actualidad y señalan las graves responsabilidades de todos los cristianos y hombres de buena voluntad.

CONSECUENCIAS NORMATIVAS PRACTICAS

1.^a) Ante todo, después de la encíclica los cristianos todos *deben cobrar conciencia del nuevo problema mundial* que a todos afecta. Y, por lo mismo, *su conciencia social debe hacerse universal*, debe sensibilizarse también para esta nueva dimensión de los deberes sociales, y no sólo para los deberes inmediatos del pequeño mundo social —localidad, provincia, región, Estado— en que viven.

Son, en efecto, las llamadas más urgentes las que dirige el Papa a formar este sentido de "solidaridad mundial", de "humanismo universal", con los deberes consiguientes de ayuda y cooperación que nos unen con todos los miembros débiles de la entera familia humana. Pero estas obras de asistencia no pueden surgir sino de *una conciencia viva* de que tales deberes hoy más que nunca nos apremian.

Pero la triste experiencia nos enseña que esta conciencia del sentido y responsabilidad sociales se halla muy deficiente e imperfectamente formada, sobre todo en los países meridionales. Además suele ser de horizonte social muy estrecho. Las gentes reaccionan muy bien, con sentimientos compasivos y caritativos vivos y obras correspondientes de generosidad grande, ante las miserias cercanas, desgracias familiares o de vecinos, incluso ante súbitas calamidades públicas. Pero fuera de ello sus preocupaciones suelen ser muy estrechas. Hay enorme falta de interés por el bien común de la nación, de la comunidad política en que viven, lo cual sin embargo es parte muy importante del sentido y conciencia sociales. Su patriotismo no pasa de ser un orgullo chauvinista mal entendido, un nacionalismo exacerbado y pasado de moda que sólo mueve a un ideal de engrandecimiento propio con sentimiento de animadversión y odio a otras naciones. Pero al Estado concreto y sus medidas de promoción económico-social se le suele mirar como *al enemigo* de los intereses particulares o regionales, y que solo impone cargas inútiles e injustas; por lo cual se cree lícito escamotear las cargas públicas e imposiciones fiscales, o cualquier otro tipo de colaboración cívica y social. Esta lamentable falta de conciencia ante las graves exigencias de colaboración al bien común no puede cohonestarse por ninguna diferencia de ideas políticas o de aversión a determinado régimen político. La evasión de tales deberes del bien común sólo es permitida, cuando se está cierto de que los detentores del poder público no son le-

gítimos sino tiranos, o de que imponen leyes injustas y en exceso gravosas.

Más aún falta *la conciencia viva* de solidaridad a escala mundial y de las exigencias de colaboración correspondientes. No suele pasar de ser un vago sentimiento de conmiseración ante las noticias de grandes desgracias generales y masas en la miseria que se den en tal o cual región apartada del mundo.

La reforma de tal conciencia social defectuosa y estrecha, con las ideas y doctrinas falsas que la sostienen, es el *primer deber* que impone la encíclica. Sus palabras suelen ser en esto terminantes, v. gr. en el n. 47: "Ello exige a este último (el rico) mucha generosidad, innumerables sacrificios y un esfuerzo sin descanso. *A cada uno toca examinar su conciencia, que tiene una nueva voz para nuestra época.* ¿Está dispuesto a sostener con su dinero las obras y las empresas organizadas en favor de los más pobres? ¿A pagar más impuestos para que los poderes públicos intensifiquen su esfuerzo para el desarrollo? ¿A comprar más caros los productos a fin de remunerar más justamente al productor? ¿A expatriarse a sí mismo, si es joven, ante la necesidad de ayudar este crecimiento de las naciones jóvenes?". Así son las demás llamadas urgentes a reformar la conciencia social: ante todo a la conciencia personal *de cada uno* (n. 33,53) o de los distintos sectores de ciudadanos y cristianos (n. 33,53), además de la conciencia u opinión pública de las naciones.

La encíclica trata así de inspirar esta conciencia de solidaridad internacional de los cristianos, que pueden y deben enfrentarse con ventaja al falso internacionalismo que han creado antes que nadie las ideologías socialista y marxista, con una conciencia de solidaridad supranacional tan fuertemente operante, pero limitada a la clase social obrera y al propio partido con espíritu de lucha violenta y sin tregua contra las demás clases, partidos e ideologías distintas. La doctrina social cristiana es la única que puede superar tales antagonismos en una solidaridad mundial e igual para todos pueblos y razas, sin distinciones discriminatorias.

2.^a) *En segundo lugar, los deberes de caridad individual de los cristianos se han hecho más urgentes y graves* ante las nuevas situaciones y consiguiente urgencia mayor de las cargas sociales de la riqueza superflua, que en la encíclica se declara y apremia su cumplimiento.

No se predica en el documento, como dijimos, un pretendido *cam-bio sustancial* de estructuras socio-económicas como la abolición del régimen de propiedad privada, de la empresa e iniciativa individuales, del mercado libre, la concurrencia y el beneficio, e imposición del régimen colectivista. Todo ello se reprueba expresamente en la encíclica. Pero también se condenan los abusos del capitalismo liberal y se proclaman sus correctivos de una más amplia socialización cooperativa, mayor intervención de los poderes públicos con la

planificación correctora a escala nacional y mundial, mayores reformas de justicia social y asistencia caritativa.

A los individuos se les intima una mayor docilidad para acatar y cumplir todas las normas de intervención fiscal y planificadora de los poderes públicos. Y respecto de su iniciativa privada se les declara obligados a una mucho más abundante *comunicación* de sus bienes superfluos en favor de los necesitados de todo género.

No se determina, como dijimos, *la cuantía* concreta de bienes superfluos que los ricos deben ceder en obras de caridad a los pobres. Pero sí se señalan unos criterios ya clásicos y muy apremiantes: Que las rentas superfluas o sobrantes —es decir, después de cubrir las necesidades de la vida y del propio estado familiar y social— no son de libre disposición o "uso exclusivo", mucho menos para fines ilícitos, suntuarios o de acumulación egoísta de bienes, sino que *todos ellos están gravados* con las exigencias de los pobres del mundo entero al sustento necesario (n. 23, 24). Que por lo tanto todas ellas deben orientarse socialmente, en empresas útiles que den trabajo remunerado a miembros pobres de la comunidad, y una parte de ellos distribuirse en obras de caridad a los pobres.

El otro criterio señalado en n. 53 no es menos apremiante: Ante la ingente necesidad de masas empobrecidas del mundo actual, "*todo derroche público o privado, todo gasto de ostentación nacional o personal... se convierte en escándalo intolerable*". Es que la situación actual mundial presenta lo que los moralistas clásicos llamaban *necesidades graves*, y no simplemente comunes. Y ante ellas establecían como *obligación* grave socorrer dichas necesidades, cercenando mayores gastos superfluos e incluso disminuyendo los gastos convenientes y hasta necesarios al propio estado. La norma parece equivalente a la establecida por el Papa de renunciar a derroches inútiles y gastos suntuarios para aportar un socorro más abundante en remedio de dichas necesidades tan graves. Y es que la caridad frente a dichas situaciones de grave necesidad, por gran desgracia tan frecuentes hoy día exige *sacrificios* aun más grandes de cuantos pueden remediar tales miserias.

Fuera de esos criterios, la encíclica se limita a declarar que es un *deber social grave y urgente* hacer accesibles los bienes sobreabundantes "al uso de todos los hombres y pueblos" (n. 22), sin señalar otras normas concretas. Pero alude a otro aspecto de la doctrina social común reafirmada en el Concilio, el cual a su vez remite, como también dijimos, a las normas de la moral social católica sobre el modo de cumplir los deberes de caridad y de justicia (*Gaudium et spes* n. 69 nota 11).

Vale la pena recordar algunas de las normas orientadoras que se han dado sobre ello en la moral católica, y que nos parecen más sólidas:

a) La que ha pasado como más común en los siglos pasados, es la dada por S. Alfonso M. de Liguorio: "Los ricos satisfacen a su

obligación distribuyendo entre los pobres comunes el 2 por 100 de sus rentas" aunque dicha proporción la reduce si las rentas son más pingües.

Dicha norma podría valer como *mínimo grave* frente a las necesidades comunes, entendida tal como aparece en el texto original: *el dos por ciento de la renta global o ingresos totales* de un rico, no el 2 por 100 de sus rentas anuales superfluas, como suele decirse. Y rectificando la escala regresiva apuntada, que ha de ser, al contrario, progresiva: que dicha proporción y la cantidad de limosna a dar ha de aumentarse a medida que crecen las rentas y por lo tanto lo superfluo. Así le rectifican los autores modernos, de acuerdo con los sistemas de imposición fiscal sobre la renta en los Estados hoy día, que siempre es progresiva (4).

b) Por ello muchos autores dan comunmente otra regla práctica, siguiendo la iniciativa del P. Vermeersch, y es establecer una escala más fuerte y progresiva de limosnas a distribuir, con referencia a los bienes superfluos. Vermeersch proponía una escala móvil que ascendía del 20 al 40 por 100 de los bienes superfluos a dar en limosna por los ricos poseedores de unas rentas sobrantes que crecían desde 25.000 a 300.000 francos belgas de 1924. Eso para los esposos sin cargas familiares. En caso contrario la cantidad a dar es decreciente: del 10 al 20 por 100 para igual escala de rentas libres en matrimonios de tres a seis hijos, y del 5 al 10 por 100 de eso superfluo para los que tienen siete o más hijos.

c) Otra evaluación un tanto simplista aunque muy orientadora es la que predicaba el misionero jesuita Pedro de Calatayud: la obligación de dar limosna es a la *cuarta parte* de lo gastado en cosas superfluas, como viajes de recreo, espectáculos, comidas y vestidos de lujo, etc. Los ricos deben privarse de una cuarta parte de estos dispendios superfluos para darlo a los pobres.

d) El sereno moralista y economista P. Azpiazu, que elogia esta regla, la modifica y atenúa de acuerdo con el principio progresivo de mayor abundancia de limosnas a más elevadas fortunas. La obligación, sustancialmente grave, sería de dar del 10 al 20 por 100 de las rentas superfluas en un amplio sentido.

e) Desde el punto de vista objetivo, el P. Zalba establece una norma más general: Se exige absolutamente que la cuantía de la participación de los ricos en las obras de caridad fuera tal que con

(4) S. AL. M. DE LIGORIO, *Homo apostolicus* tr. 4 punct. 2; *Theologia Moralis*, I 1.2 c 2 n. 32: "*satisfacere probabiliter divites erogando in pauperes communes quinquagesimam partem suorum reddituum*". Notan los editores de la Ed. Gaudé que la proporción regresiva, de menor cuantía cuanto mayores son las rentas, sólo se encuentra, entre las fuentes citadas por S. Ligorio, en el laxista Tamburini.

A. VERMEERSCH, *Theologia Moralis*, t. 2 n. 105-108; PEDRO DE CALATAYUD, *Doctrinas prácticas*, t. 2 tr. 3 doct. 3 de *elemosyna*; J. M. AZPIAZU, *La Moral del hombre de negocios*, ed. 2.^a (Madrid 1952); M. ZALBA, *Theologiae Moralis Summa*, I (BAC, Madrid 1962), n. 914.

el conjunto de todas las limosnas reunidas fuera suficiente para atender a las necesidades de todos los pobres.

Es evidente que estas normas generalmente quedan incumplidas, aun por los cristianos. No solamente no se cumple esta última regla del P. Zalba, que reduciría a cero el hambre y las calamidades en el mundo; cuando la encíclica denuncia, y la experiencia comprueba, que van de continuo agravándose; pero ni siquiera se cumple por la generalidad de los ricos ese mínimo de S. Ligorio, que los autores toleran.

Los ricos pues deben mirar a esas reglas para acercarse a ellas y aun rebasarlas en el cumplimiento de sus deberes de caridad. Sin duda que dicha cuantía de la donación caritativa depende de mil circunstancias subjetivas y objetivas y en definitiva debe dejarse a la *conciencia recta* o estimación prudencial de cada uno. Pero es también indudable que tal conciencia sana debe formarse según normas objetivas, en este como en los demás problemas. Y las circunstancias objetivas han hecho más grave esa obligación, ya que las necesidades actuales del mundo son *graves* como denuncia el Papa.

Téngase en cuenta también que la moral de los deberes de caridad no sufren atenuaciones, como ocurre hoy día en otros sectores de la Moral. Antes bien, se insiste con fuerza creciente en aplicar dicho deber de caridad con el prójimo con todo el rigor enunciado en el Evangelio. ¡Siquiera este campo de la moral ha quedado hoy a salvo y sin atenuaciones! Las conciencias cristianas no tienen pues el pretexto de la confusión de ideas vigente para desentenderse, al menos de buena fe, de estos deberes de ayuda al prójimo, aunque las formas de dicha asistencia han variado enormemente.

3.ª) *En las circunstancias actuales, una buena parte de estas obras de caridad se ha de destinar y distribuir para remediar las miserias y necesidades y promover el desarrollo de los países subdesarrollados.*

Tal es la enseñanza tan explícita de la encíclica sobre la obligación de todos los hombres y de todos los pueblos a la ayuda solidaria de las necesidades y para el desenvolvimiento integral de los países en vías de desarrollo. La caridad, hoy más que nunca, debe ser *universal*. Con el estrechamiento de las relaciones internacionales y los actuales medios de comunicación, "próximos" son ya no solamente los vecinos del barrio o del pueblo, sino los hombres del mundo entero. Todos los hombres del mundo son estrechamente solidarios entre sí y a los puntos más remotos deben llegar los beneficios de la caridad de los demás.

Esta obligación concierne no solamente a los pueblos como tales, sino a los individuos respecto a sus iniciativas privadas de caridad. Los ricos y opulentos de todos los países deben destinar parte de sus bienes superfluos a esa ayuda y beneficencia internacional. Dedicarán parte de sus limosnas a las cuestaciones o suscripciones que se organizan para socorrer determinada calamidad de algún pueblo, a

las obras misionales y en general a las organizaciones de Cáritas o beneficencia internacionales.

La proporción ha de ser, naturalmente, muy varia. En los países pobres o menos ricos las necesidades más urgentes suelen ser las caseras. Entonces el *orden de la caridad*, también obligatorio, exige que se socorran primero las necesidades de la ciudad o nación propia. La cooperación obligada a las obras de Cáritas internacional habrá de ser mucho menor; se deberá sobre todo contribuir a alguna necesidad especial y especialmente a las misiones extranjeras, como se hace entre nosotros.

Pero en las naciones opulentas, en que además unas instituciones sociales perfeccionadas cubren casi todas las necesidades de sus pobres, resulta escándalo hiriente que los recursos benéficos de los más ricos de nuevo reviertan a la propia casa. Son los ricos de tales naciones los que deben destinar casi todos sus bienes superfluos a las obras de caridad internacional. Y ello aunque tales recursos fueran a parar a pueblos no amigos. La caridad es universal y no admite discriminaciones sociales o ideológicas.

Un ejemplo preclaro lo ofrecen los católicos norteamericanos con su gran organización de Cáritas internacional; o los alemanes con sus dos grandes obras de *Misereor* y *Adveniat* que allegan grandes recursos para los pueblos pobres. Y causa gran extrañeza que en pueblos tan ricos como Francia, Bélgica, Holanda, Suiza y aun Italia e Inglaterra, los católicos y cristianos de otras confesiones no organicen obras semejantes, que en esto es pienamente recomendado el ecumenismo. Se contentan con lanzar ideas y experiencias originales, de agitar con gran publicidad estas doctrinas y otras nada sanas de las que más bien ha de protegerse a las masas y poco más; sin que todo ello afecte mucho al "bolsillo", al sacrificio de los propios bienes. La fe renovadora y personal que predicán no se ha de limitar a hablar de caridad, sino a practicarla.

4.^a) *Las naciones opulentas como tales* tienen grave obligación de socorrer de sus fondos públicos con obras de ayuda y asistencia caritativa y gratuita de todo género a los pueblos necesitados y en vías de desarrollo.

Es la *nueva obligación específica* de caridad que por primera vez se enuncia en esta encíclica, como vimos. De ella son primeros *responsables* los pueblos como tales y sus dirigentes. Son los que pueden allegar socorros ingentes para aliviar el hombre y elevar el nivel de vida de los pueblos pobres. Y los que poseen medios de canalizar esos recursos por vías más seguras para dar especial eficacia a la acción del desarrollo.

Tales ayudas asistenciales superan con mucho todas las iniciativas particulares, las cuales no son importantes para poner remedio a esta desigualdad creciente de unos pueblos cada vez más ricos y otros y más pobres. Sólo los gobernantes tienen la fuerza de la autoridad para obtener con una imposición fiscal mucho más fuerte; recursos

inmensos para ayuda de las demás naciones. Tales leyes fiscales para los fines de una redistribución más equitativa de los bienes de la tierra entre los pueblos serían siempre justas, guardada la debida proporción (5).

Y ya hemos visto que la encíclica espera de esta acción asistencial de los pueblos ricos y de las medidas de justicia correctoras del mercado internacional el *impulso eficaz* en la obra del desarrollo de los pueblos. Para estimular ambas propone todo el conjunto de sugerencias e iniciativas ya expuesto.

5.^a) *Las personas particulares tienen además otros graves deberes de acción ciudadana, impuestos por la caridad y la justicia, respecto del desarrollo de los pueblos.*

Ya se ha dicho que la aportación pecuniaria de la caridad individual en su libre iniciativa suele ser exigua, a todas las luces desproporcionada a la inmensidad del problema a resolver.

Entonces inciden todos en los deberes de justicia social, nacional e internacional, que habrá de ser cada vez "más perfecta" (n. 76) por medios de leyes correctoras del intercambio económico, leyes sociales y de imposición fiscal, convenios internacionales de todo género, para ordenar cada vez mejor la distribución de los bienes de la tierra y salvar la desigualdad hiriente de las economías con un desarrollo solidario.

Los ciudadanos, súbditos de los pueblos máxime ricos, tienen ante todo ese grave deber, frente al desarrollo de los pueblos, de cumplir todas esas leyes de cooperación al bien común nacional e internacional. Tienen la grave responsabilidad de no escamotear esos impuestos cada vez mayores "para que los poderes públicos intensifiquen su esfuerzo por el desarrollo" (n. 47), como les incrimina con viveza el Papa; de no evadir las cargas sociales con que se redistribuye la renta en el interior del país; de "comprar más caro los productos importados" (ibid.) y guardar escrupulosamente las demás leyes y convenios internacionales correctores del juego libre del mercado internacional que ha resultado tan terriblemente gravoso y hasta cruel para los países débiles y de economía agrícola.

Además tienen otros deberes directos en orden a crear una *conciencia* de desarrollo y movilizar las fuerzas todas del país en orden al mismo. Sobre todo los hombres influyentes, representantes de las letras, de los órganos publicitarios, de la cultura técnica y del pensamiento de cada pueblo deben crear una intensa opinión pública de solidaridad mundial e impulsar las fuerzas vivas de la nación en ese

(5) También cabe que los mismos obispos contribuyan a esta obra asistencial y de impulso al desarrollo no sólo con algún gesto personal profético o desprendiéndose de algunas joyas o posesiones, sino con ciertas leyes impositivas de alguna contribución pecuniaria a sus fieles. Un ejemplo lo ha dado Monseñor Fulton Sheen que ha impuesto a todos los centros católicos una tasa de más de 2 % de sus ingresos para socorro de los pobres. Algo semejante en Graz, Austria.

sentido. Y todos los ciudadanos, máxime los cristianos, deben cooperar activamente en la reforma profunda "de la mentalidad y las costumbres, de las leyes y estructuras de la comunidad en que viven" (n. 81), para la promoción de un mundo más justo y mejor para todos.

Esta acción para reforma social no debe ser agitadora, mucho menos violenta o revolucionaria, como hemos dicho. El Papa está muy lejos de incitar a los cristianos seculares por esas vías de agitación, cuando ha condenado tan vivamente toda violencia. Y cuando de continuo llama a su documento, "mensaje o encíclica de la paz", ya que la paz duradera se ha de construir a través del desarrollo solidario de los pueblos. Precisamente la intención primera del mismo es predicar esa necesidad de promover el desarrollo de los países pobres para evitar los inmensos riesgos de violencia y revolución que por esta causa amenazan al mundo. De ahí su mejor y más profundo slogan: "*el camino de la paz pasa por el desarrollo*" (n. 83).

Lejos, pues, está de la mente del Papa esa inquietud de muchos católicos en sus ansias de reforma social y agitación política casi subversiva, que pretenden basarla en esta encíclica. Cuando el Papa les recomienda sólo "penetrar de espíritu cristiano" esa mentalidad, leyes y estructuras actuales (n. 81). El espíritu cristiano no es de odio, agitación y lucha subversiva, sino de pacífica colaboración con todas las fuerzas de la vida económica social, máxime con los poderes públicos establecidos.

6.^a) *La primera responsabilidad y deber del desarrollo de los pueblos corresponde a los pueblos mismos interesados.* A ellos compete pues la acción primordial y esfuerzo ingente conjunto para desarrollarse.

En efecto, no nos dejemos llevar de vanas ilusiones y optimismo triunfalista. En esto nos hemos permitido algún reparo al párf. 79 de la encíclica sobre "la esperanza fundada en mundo mejor". El reparo está en perfecto acuerdo con otras manifestaciones posteriores y bien pesimistas del Papa, sobre todo con la más reciente (6).

(6) En efecto Pablo VI, que en su discurso a la ONU y en otras ocasiones parecía saludar ya la abolición total de la guerra y esperar como inminente "la paz perpetua y universal", se expresaba en todo bien diferente, muy pesimista y sombrío, en posterior Alocución del miércoles 15-VIII-1967. Son notables sus palabras: "Y hoy más que nunca (rezar por la paz) porque existe todavía actualmente una guerra y porque se va oscureciendo y perdiendo el verdadero concepto de la paz, mientras que vuelven a tomar consistencia y efectividad los principios que le son radicalmente contrarios: El culto de la fuerza, la escuela del terrorismo y de la revolución en los países propios y ajenos, el desprecio de la vida de los demás, el egoísmo de las relaciones internacionales, el espíritu de represalia y venganza, la desconfianza en los métodos de la razón y de las instituciones que han sido fundadas precisamente para el equilibrio y el orden de las naciones. *La idea de la paz fundada sobre la hermandad, la colaboración, la justicia, la libertad, la solidaridad está atravesando un momento de peligrosa decadencia*; falta el verdadero sentido del hombre y falta además la fuerza, la

Y es que el desarrollo integral, de todos los hombres y de todo el hombre, aquí como ideal esbozado, está muy lejos aún de cumplirse, porque a él se oponen fuerzas contrarias de acción *permanente* en el hombre. El mismo desarrollo económico supone una capacitación técnica muy elevada, y sobre todo un continuo y prolongado esfuerzo, una superación continua de lo adquirido por la investigación tecnológica, hoy enormemente difícil. Y el desarrollo integral humano en todos los planos, cultural, moral y espiritual, es aun más difícil, pues supone las fuerzas *íntegras* de la naturaleza, sobre todo de su inteligencia y voluntad. Pero la fe nos dice que las energías de la naturaleza humana han quedado muy debilitadas y desequilibradas por la corrupción del pecado original y pecados subsiguientes.

Así los hechos nos dicen que el desarrollo material, técnico y económico-social, lo obtienen muy velozmente los pueblos más capacitados y activos del hemisferio norte, los cuales progresan a un ritmo mucho mayor. Por el contrario, los pueblos subdesarrollados no son justamente aquellos de menos riquezas naturales, sino aquellos humanamente menos capacitados y, sobre todo, más indolentes y perezosos para el trabajo intenso, duro y continuo, tanto manual como intelectual. Hoy se defiende incluso que el desarrollo no depende de las riquezas naturales y que puede levantarse, con inteligente esfuerzo, en regiones pobres y menos favorecidas.

Los hechos son bien claros y pueden apuntarse sin injuria de nadie. Ante esa disposición nativa de indolencia y apatía chocan los esfuerzos de los países desarrolladores, aunque fueran mucho mayores.

Por eso, la primera y más urgente labor y responsabilidad en el despegue para el desarrollo corresponde a los pueblos mismos interesados. A ello se encaminan muchas recomendaciones de la encíclica, a despertar esa *conciencia* más viva en dichos pueblos de la necesidad de fuerte y global impulso al desarrollo. Sus dirigentes y hombres responsables deben despertar a las masas de su letargo y postergación, por medio de una educación más activa y generalizada. Porque no se trata de incapacidad radical para el progreso y la técnica, sino de obra *educadora y formadora* de todo el pueblo, más aún de sus clases dirigentes. Estas deben cobrar ante todo conciencia de su responsabilidad enorme ante la ética humana y el desarrollo en especial. No deben distraer el tiempo ni los recursos de todo género que les ponen en sus manos para luchas intestinas, ambicio-

coherencia y la constancia para instaurar la paz en el mundo". De igual suerte ha hablado en discursos posteriores.

Tan sombrío cuadro hace ver que la paloma de la paz perpetua se está alejándose mucho del mundo. Y con ella la paloma hermana del desarrollo, camino de la paz, se aleja también y no parece tan cercana como la encíclica parece presentir.

nes tribales y odios de razas, y en la compra de armamentos para satisfacer esas pasiones. Deben, en gran espíritu y conciencia del bien común de sus pueblos, entregarse de lleno a la pacífica obra educadora y formadora de sus súbditos para el desarrollo. Que el desarrollo, como insiste el Papa, es obra de paz, no de guerra y es el camino actual que conduce a la paz.

De ahí también la importancia inmensa que adquiere, entre las ayudas asistenciales de los pueblos ricos, la fundamental de *educación*, de asistencia técnica y formadora de los pueblos en vías de desarrollo. Esa es la obra primordial de promoción, como lo recalcan los textos de la Encíclica.

7.ª) *Por fin, los católicos deben apartar del verdadero sentido de la encíclica las interpretaciones tendenciosas y falseadas que de ella se han dado.*

Muchas de esas interpretaciones hemos indicado al principio, y con nueva llamada a precaverse de ellas terminamos.

La encíclica no tiene intención alguna ni llama o empuja hacia una determinada opción temporal o compromiso político. La encíclica no es de tendencia socialista o capitalista, ni menos enseña el llamado socialismo económico y democrático. Porque nunca habla de ellos ni se nombra siquiera en la misma los términos de política y democracia. Mal puede enseñar doctrinas sin nombrarlas.

La encíclica, en lo social, no es de tendencia en extremo avanzada o al contrario conservadora. Se trata de una encíclica social, eso sí, de nuevo estilo, pero que desarrolla el patrimonio común de la doctrina de la Iglesia, reprobando de nuevo los abusos del liberalismo capitalista y del colectivismo, y recalcando con más fuerza los grandes deberes sociales de la riqueza en esta nueva aplicación, tan palpitante y actual, a los problemas del desarrollo.

Mencionemos, por último, algunos otros extremos que no concuerdan con el sentido de la encíclica. De una parte, teólogos conspícuos de la línea más avanzada, llamados a "opinar" por "Informations Catholiques Int." (15-VI-1967), p. 16-19 sobre el año de la fe proclamado por el Papa, venían a decir que el sentido de la fe en los actuales tiempos no es el de una adhesión estéril e inmovilista a los dogmas, sino más bien el de una *praxis* (al estilo de la *praxis* marxista) o llamada a la acción temporal y compromiso en el mundo; dinamismo de acción que vendría muy bien reflejada en la *Populorum progressio*...

Salta a la vista el despropósito de tal interpretación. Son innumerables los documentos emanados del Magisterio Pontificio en que se esclarecen para nuestro tiempo las doctrinas y la vida de la fe, así como los errores dogmáticos tan contrarios a ella y de los que el Papa recomienda precaver nuestra fe de creyentes... todos menos esta encíclica, que contiene normas morales de doctrina social para dirigir a los cristianos en la acción temporal socioeconómica a la luz de las verdades de fe.

Más de otra parte, tampoco dan el tono justo unas primeras declaraciones del Secretario de la Comisión Pontificia de "Justicia y Paz", Mons. Gremillion. La nueva Comisión que era instituida para poner en práctica las consignas y llamada urgente de esta encíclica tendría por uno de sus importantes cometidos "desarrollar" *la teología del desarrollo...* (art. en "Osservatore Romano", abril 1967).

Pero parece también fuera de propósito función tan teórica para una Comisión eminentemente práctica. La teología del desarrollo está ya hecha en esta encíclica. Lo que importa es que dicha Comisión impulse eficazmente a todos, cristianos o no cristianos, a esta empresa común para el desarrollo de los pueblos (7).

Es de esperar que tal Comisión Pontificia, ya constituida "ad experimentum" por cinco años bajo la presidencia del Cardenal Roy, presidente también del Consejo para los laicos, y el mencionado Secretario Mons. Gremillion, para los fines de promover el progreso de los pueblos y la justicia social entre las naciones, haya sido estructurada, no por teóricos de nuevas teologías, sino por miembros activos e influyentes que con todo celo promuevan y coordinen esfuerzos, y estimulen a los organismos internacionales, a los gobiernos y fuerzas vivas de las naciones a emprender con vigor la obra del desarrollo solidario de los pueblos en los principios y cauces marcados por el Papa.

La obra impulsora a realizar por dicha Comisión papal sobre las altas esferas rectoras de los pueblos y para sacudir la conciencia del hombre actual es pues muy importante. La encíclica perdería de lo contrario su principal eficiencia a largo plazo.

TEOFILO URDANOZ, O. P.

(7) Ultimamente el Papa conmemoraba el aniversario de la Encíclica en la Alocución del 28-III-1968 en que, a la vez que insistía en las ideas de justicia social de la misma, salía al paso, en efecto, de algunas falsas interpretaciones a ella dadas. Vale la pena repetir dos: "Esta idea de progreso no era nueva para las naciones ya civilizadas y desarrolladas, hasta el punto de que constituía una de las fórmulas mágicas y míticas con las que el hombre moderno se complacía y se exaltaba, como si fuese una religión, una suprema concepción de los nuevos tiempos..."

A algunos les ha parecido que, al denunciar en nombre de Dios las gravísimas necesidades que mucha parte de la humanidad sufre, abríamos el camino a la llamada *teología de la revolución y de la violencia*. Lejos de nuestro pensamiento semejante aberración, que es una cosa bien diversa de la positiva, valiente y enérgica actividad necesaria, en muchos casos, para inaugurar nuevas formas de proceso social y económico".